

Bien distinto sería el cuadro en la pobre y oprimida provincia de Orissa ó hasta en el rico valle del Ganges, donde el pueblo reclama y obtiene del suelo, el más generoso del mundo, tesoros que no son para él.

2.º — LA FAMILIA. CONDICIÓN DE LAS MUJERES EN LA INDIA

La organización de la familia es la primera cosa que debe estudiarse si quiere conocerse la sociedad inda.

La familia es el tipo y la base de la comunidad, y el Estado, según hemos visto, no es sino una aglomeración de comunidades, sin ningún grupo intermediario.

La comunidad perfecta es un clan ó familia asociada.

En la familia asociada nadie posee nada en propiedad. Los bienes muebles ó inmuebles son de propiedad común, de la que ninguna parte puede ser enajenada sin el consentimiento de todos. El padre de familia administra la fortuna y ejerce una autoridad moral absoluta. A su muerte le sucede su hijo mayor, sin que haya partición de bienes. Todos se someten á él como se sometían á su padre. Al fin de algunas generaciones la familia resulta un verdadero clan, del que es siempre jefe el hijo mayor de la rama más antigua.

Es raro, sin embargo, que no surja ninguna causa de división ó de disgregación cuando la familia comienza á extenderse. Hemos desarrollado este tema cuando nos hemos ocupado del clan rajpute, y hemos con relación á la propiedad indicado el caso en que los bienes del padre se dividen á su muerte entre sus hijos.

del número considerable de estos animales que en él se encuentra, ó por lo menos que en él se encontraba, pues llegaron á importunarles tanto, que tomaron recientemente el partido de deportarlos al otro lado del río. De este templo son especialmente notables por su belleza las columnas esculpidas que sustentan el pórtico y que serían verdadero ornamento de los más suntuosos palacios de Europa. El templo está construído totalmente de piedra y enteramente pintado de ocre rojo. Las puertas están en parte revestidas de bronce cincelado. Data de mediados del siglo penúltimo.

Este caso se presenta bastante frecuentemente hoy, y la sociedad inda denota una tendencia, muy débil aún, á aumentar la importancia del individuo y á disminuir la del grupo familiar.

Recordadas estas generalidades, nos ocuparemos exclusivamente en este párrafo de la familia propiamente dicha, es decir, del padre, de la madre y de los hijos.

La autoridad del padre de familia es absoluta en la India como en otro tiempo en Roma. Si no llega hasta el ejercicio del derecho de vida y muerte, es sencillamente por la dulzura del carácter del indo. La mujer considera á su marido como su amo y como el representante de los dioses sobre la tierra. Llega á tal punto ese respeto, que no pronuncia siquiera su nombre. Cuando es recién casada, reemplaza este nombre por una reticencia ó por una perífrasis; cuando es madre, designa á su marido diciendo: «el padre.....» y añade el nombre de su primer hijo.

A pesar de la autoridad despótica del esposo, y aunque este marido no sea jamás por la mujer escogido, pero le sea prometido desde la más corta edad, el lazo conyugal no tiene para ella nada de pesado. Los esposos indos están tiernamente unidos el uno al otro, y si el marido por una especie de decoro obligatorio afecta en público tratar á su mujer con indiferencia vecina al menosprecio, es generalmente dulce con ella en la intimidad y sufre hasta fácilmente su influencia, y raramente llega el caso de que la pegue ó la maltrate.

La mujer inda es muy ignorante y la opinión general es que debe conservarse ignorante bajo pena de deshonorarse. Instruirse es para ella imitar descaradamente á los hombres y ostentarse como una cortesana. Los esfuerzos hechos por los dueños actuales de la India para atraer la mujer á las escuelas encontraron la resistencia más obstinada.

A los niños se les promete desde la cuna y á las niñas se las casa á los doce ó trece años. La mujer inda no tiene existencia posible fuera del matrimonio. Apenas venida al mundo, escogen sus padres para ella al que será dueño de sus destinos. Crece

para pertenecerle, y sea él horroroso, injusto y brutal, prefiere ella aún pertenecerle á perderle ó dejar de casarse.

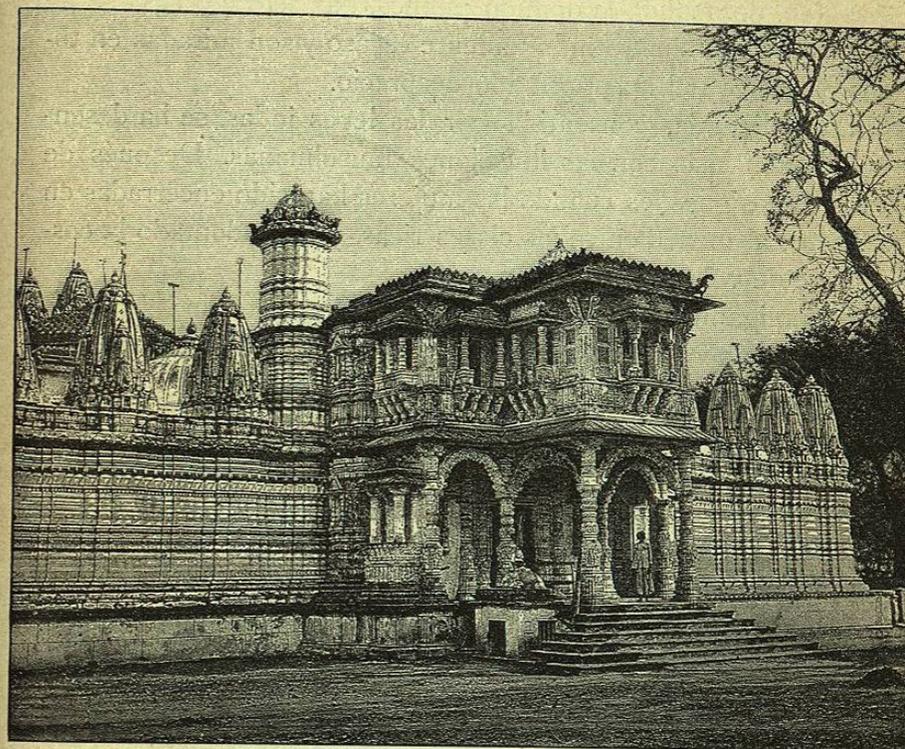
La mujer soltera, y sobre todo la viuda, son dos especies de seres que la sociedad inda rechaza de su seno. Por viuda se entiende hasta la doncella que ha perdido á su prometido desde los primeros años de su vida. Una tal desgracia es irreparable. La abandonada ocupa un lugar más ínfimo que los parias.

«La muerte del indio, dice M. Malabari, es un golpe terrible para su mujer; no puede levantarse más. La viuda inda lleva un duelo que dura toda su vida. No se la trata como á un ser humano. Su mirada produce mal de ojo y mancha cuanto toca. Despreciada, abandonada, no encuentra en la vida sino un peso. No le queda más recurso que abandonarse á impuras costumbres ó arrastrar hasta el fin una vida miserable y solitaria. Hablo aquí de la joven viuda; la que tiene el consuelo de poseer hijos no está tan á merced de los prejuicios de casta.»

Se comprende ahora en qué amarga fuente ha bebido la mujer inda esa abnegación conyugal que produce nuestra admiración y que, fortificada de siglo en siglo, se ha convertido en un sentimiento innato. Las mismas razones explican en parte, si no el establecimiento, al menos la perpetuación de esa costumbre del *sutti* que obliga á las viudas á quemarse sobre el cuerpo de su marido. Entre las felicidades gloriosas que la viuda heroica debe disfrutar en otra vida cerca de su esposo y la abominable miseria en que ha de arrastrar sus días conservándose sobre la tierra, la elección no era dudosa para criaturas ardientes y crédulas, cuyo entusiasmo se excitaba ante las lágrimas, los aplausos, las plegarias y los cantos sagrados que resonaban á su alrededor y saludaban su muerte sublime.

Cuando el gobierno inglés prohibió la práctica del *sutti*, la principal resistencia á esta interdicción procedió de las mujeres que durante largo tiempo procuraron aún sacrificarse, burlando toda vigilancia. Ellas son las que han impedido la abolición de esta costumbre en el Nepal á pesar de la voluntad del todopoderoso ministro Yang Bahadur.

Creencias arraigadas desde hace siglos en almas ignorantes y sencillas y la perspectiva de una vida absolutamente miserable y deshonrosa bastan á explicar ese fanatismo. Sólo la fe religiosa es capaz de realizar esos milagros. No es menos profunda



AHMEDABAD. — Templo de Huttesing

esa fe entre las mujeres indas que entre los mártires que creían encontrar á Dios más allá de las llamas de la hoguera.

Difícil es decir á qué época se remonta la costumbre del *sutti*. No se hallan huellas de ella en Manu y aún menos en los *Vedas*, aunque los sacerdotes la hayan más tarde apoyado en un precepto de los himnos sagrados, falsamente interpretado por ellos. El *sutti* no es muy antiguo y anterior á la era cristiana. Se le ve mencionado por primera vez por los griegos trescientos años antes de Jesucristo.

La costumbre del *sutti* ha desaparecido hoy de la India, exceptuado el Nepal; pero es verdaderamente difícil decir que las mujeres hayan con ello salido ganando. La situación de las viudas, como decimos más arriba, es absolutamente miserable. Las que, desafiando la opinión pública, han logrado casarse de nuevo son en número infinitamente escaso y son miradas en todas partes con el más profundo desprecio.

La poligamia, consentida por las leyes indas, se ha desenvuelto aún más con las invasiones musulmanas. Después de estas invasiones es cuando las mujeres han sido encerradas en *zenanas*, al menos entre las clases ricas, y han adoptado la costumbre de velarse en público.

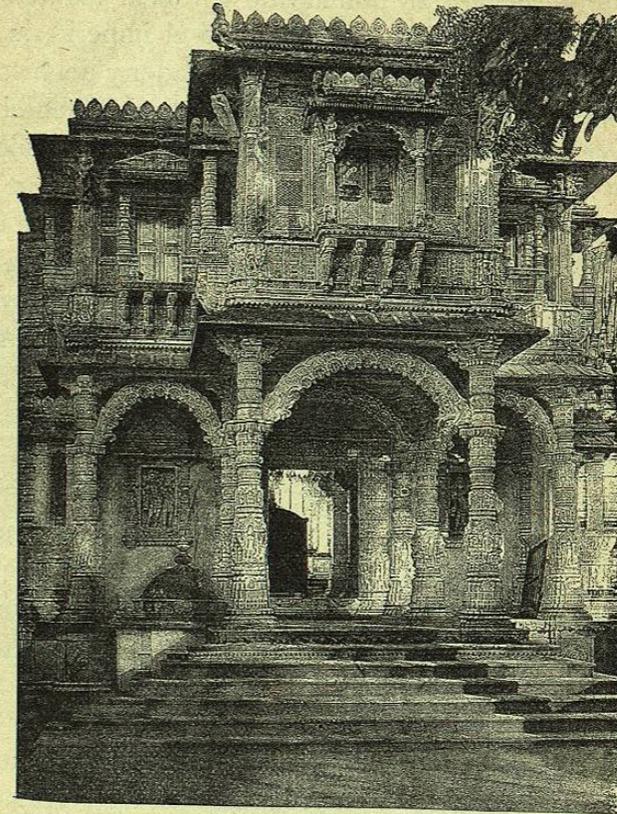
La poligamia, que para las gentes opulentas es una elegancia y un lujo, apenas si se practica entre las pobres sin otro fin que la pereza y la avaricia. Las gentes de las clases bajas no tienen frecuentemente sino una mujer. Cuando tienen varias, es para hacerlas trabajar y ganar la vida de la familia. Las que aceptan esta condición pertenecen generalmente á castas inferiores y se sienten aún muy dichosas de la dignidad relativa de que las ha revestido el matrimonio.

Uno de los resultados de la poligamia es el de designar de ordinario los hijos por el nombre de su madre á fin de distinguirlos. Esta costumbre, que pertenece igualmente á los pueblos poliandrios, era bastante general en la India antigua.

La mujer no desempeña papel alguno y no tiene ninguna importancia sino cuando es madre. Su situación es entonces respetada hasta en el caso de hallarse viuda. El respeto y el amor de sus hijos no tiene límite. Si envejece, se ve rodeada por generaciones de hijos y de nietos sobre los que ejerce dulcemente una autoridad incontestable.

Para comprender bien la vida de familia en la India es preciso no olvidar que jamás se circunscribe á los miembros que componen efectivamente la familia. Reune en un lazo indisoluble todos sus antepasados y todos sus descendientes; todos están presentes siquiera en pensamiento á cada ceremonia íntima; se

les dedica brindis en todas las comidas de fiesta. En medio de las explosiones de alegría, los convidados se detienen para sentir flotar á su alrededor el alma de los antiguos arios y para desear una feliz existencia á todos los seres desconocidos que



AHMEDABAD. — Pórtico del templo de Huttesing.

les deberán á ellos mismos la luz, continuando la larga cadena de sus ideas y de sus sentimientos á través del tiempo infinito.

3.º — EL RÉGIMEN DE CASTAS

El régimen de castas es la piedra angular de todas las instituciones sociales de la India desde hace más de dos mil años. Tiene ese régimen tal importancia y es esa importancia de